

Lección 3

LOS PATRIARCAS

Primera Parte

Abraham

Hasta ahora hemos visto la actuación de Dios y su relación con la humanidad entera a través de las historias principalmente de Adán y Noé. Hoy nos toca presentarles a los fundadores de la nación de Israel, una nación que se ha caracterizado por ser muy especial en su relación con Dios. A los fundadores de esta nación se les conoce como los *patriarcas* del pueblo de Israel. Comenzando con el capítulo 12 de Génesis hasta terminar el tiempo del Antiguo Testamento, la relación de Dios con las criaturas humanas se enfoca primordialmente en los patriarcas primero y después en sus descendientes.

Pero vamos ahora a entrevistar a los patriarcas para que ustedes los conozcan. El mayor es Abraham. Le sigue su hijo Isaac. Después viene Jacob, y por último agregamos aquí a José a pesar de que cuando se habla de los patriarcas generalmente se mencionan sólo a los primeros tres.

Locutor: Abraham, ¿dónde y cuándo nació Usted?

Abraham: Nací en Ur, una población pequeña en la nación de los caldeos en la Mesopotamia, no muy lejos de lo que hoy es la ciudad de Abadán en Irán, muy cerca de la frontera con Irak y del Golfo Pérsico. Mi padre se llamaba Taré, y era de origen semítico. En cuanto a la fecha no se la puedo decir con exactitud si se sigue el sistema cronológico dominante en el mundo occidental. El tiempo en que viví se conoce como la Edad de Bronce en el período tardío. Estoy hablando de entre 20 a 18 siglos antes del nacimiento de Jesucristo.

Locutor: ¿Se considera usted originario de Ur de los caldeos?

Abraham: Hasta cierto punto. Crecí en una familia donde tuve dos hermanos, Nacor y Harán. Los tres crecimos en Ur, donde conocimos a nuestras esposas. Lamentablemente Harán, mi hermano, murió dejando a su hijo Lot en tierna edad. Lot creció en casa de mi padre. Un día, cuando todos aún me conocían con el nombre de Abram, se presentó mi padre en casa para indicarme a mí y a mi esposa Sarai que él había determinado mudarse al país de Canaán, la actual Palestina. Ese era un viaje muy, pero muy largo. Mi esposa y yo, junto con Lot mi sobrino acompañamos a mi padre. Fue curioso que días antes tuviera una revelación de Dios en la cual me dijo que saliera en dirección a Canaán (Hechos 7.2), tal como mi padre se había propuesto. El viaje fue lento. Hay que pensar en todo tipo de dificultades para los viajeros en aquellos días. Al llegar a una ciudad que se llamó Harán, ésta nos llamó tanto la atención que nos quedamos ahí. Al pasar el tiempo casi nos olvidamos de que habíamos emprendido el viaje con destino a Canaán. Mi padre era ya anciano y pasó sus últimos años en aquella ciudad.

Locutor: ¿A qué se dedicaron? ¿cómo se ganaban la vida?

Abraham: Vivíamos de nuestro trabajo de pastores de ovejas y de la práctica comercial, la cual desempeñábamos en pequeña escala. No teníamos en aquella época muchos recursos. Cuando murió mi padre, yo me hice cargo del cuidado de los rebaños. Al paso del tiempo, con la bendición de Dios, en los alrededores de Harán mis rebaños crecieron de tal forma que Lot y yo no dábamos abasto con nuestro trabajo. Tuvimos que emplear a personas de aquella tierra para que nos ayudaran. También nos hicimos de siervos. Me iba bien en Harán. Me compré ganado vacuno. Nuestro trabajo y negocio nos mantenía a todos muy ocupados en casa.

Locutor: ¿Y qué pasó finalmente con su viaje a Canaán?

Abraham: Francamente ya casi se nos había olvidado con tanto trabajo, sobre todo cuando nos vimos rodeados más y más de familiares nuestros que también habían ido a vivir a Harán. Además en Harán habían muchas ventajas. Harán era una ciudad de una nación muy próspera y con una cultura muy superior a la existente en Canaán para aquel tiempo. Nosotros nos habíamos beneficiado de esa prosperidad. Y la tierra de Canaán para nosotros representaba, comparada con Harán, como un paso hacia atrás en la prosperidad material. La comparación se nos antojaba absurda.

Locutor: ¿Tenía usted hijos?

Abraham: No, no teníamos, y esto nos causaba a mi esposa Sarai y a mí una desdicha como nadie se imagina. Pero tratamos de olvidarnos de aquella sombra de tristeza trabajando mucho. ¡Y, hey, había mucho trabajo! Además nos hicimos cargo de Lot. Esto nos ayudó mucho.

Locutor: ¿Se quedaron a vivir en Harán?

Abraham: Nuestros planes prácticamente eran quedarnos a vivir ahí. Pero nuestro Dios tenía otro plan, el cual me recordó cuando volvió un día a revelarse a mí en Harán.

Locutor: ¿Ah sí? Por favor, cuente para nuestros estudiantes lo que pasó. ¿Cuál fue el plan de Dios al que usted se refiere?

Abraham: Bien. Un día, cuando yo tenía 75 años, estando muy concentrado en mi trabajo, Dios me recordó que debía abandonar a toda mi parentela. Me dijo que debería salir de las tierras de Mesopotamia hacia una tierra que me daría en posesión. Pero no me dijo qué dirección tomar, ni me dijo el nombre de la tierra en aquella revelación. En cambio me aseguró algo que me agradó sobremanera. Me dijo que él haría de mí y mis descendientes una gran nación. Él hizo que aceptara esa promesa en el acto. También me aseguró que él me bendeciría. Luego dijo que en mí todas las familias de la tierra serían benditas. Impresionantes sus palabras, ¿verdad? Aún las atesoro en mi corazón, porque a la postre han resultado completamente ciertas.

Locutor: ¿Quiere decir que usted creyó todo lo que Dios le dijo en el mismo instante en que se lo reveló?

Abraham: Exactamente. Pero déjeme aclararle eso. Fue el mismo Dios quien puso en mí el creer en su Palabra de promesa. ¿Entiende lo que digo? Primero vino su Palabra, después vino la

fe en ella. Primero vino su llamado, después siguió mi respuesta motivada por el llamado.

Locutor: ¿Usted creyó que Dios en verdad haría de usted y su descendencia una gran nación? ¿Cómo creyó usted que sería el padre de una nación muy grande, muy numerosa? ¿Se dio usted cuenta que en ese momento no tenía ningún hijo?

Abraham: Cabalmente. Pero insisto en aclarar que fue Dios quien puso en mí el creer completamente en su Palabra. Así, le tomé la Palabra al pie de la letra. ¡Y míreme ahora!

Locutor: ¡Vaya! Es que es tan difícil creer que usted haya hecho semejante, si me permite la palabra, semejante locura.

Abraham: Entiendo lo que quiere decir. Pero aquí estoy hablando de cosas divinas, de cosas espirituales que solamente se entienden en el plano espiritual.

Locutor: Cuéntenos, por favor, un poco de los dioses de aquella época y del Dios que se le reveló y le dio semejante promesa.

Abraham: La gente era muy religiosa en aquellos días. Con el paso del tiempo acusaban claros efectos del conocimiento natural de Dios, ese pensamiento que tiene todo pueblo tarde o temprano sobre la existencia de un ser supremo. Ese pensamiento la gente lo expresa creando dioses. Por ejemplo, en el afán de explicar algunos fenómenos físicos naturales como la lluvia y los truenos, la gente, ante la imposibilidad de controlar estos fenómenos físicos naturales, llega a pensar que hay una fuerza especial que debe generarlos y que por lo tanto sí los puede controlar. A esa fuerza o criatura imaginada le atribuyen ciertos dones y terminan sometidos a obedecer y adorar a esa u otra fuerza por ser intuitivamente superior a los seres humanos. Así se crean los dioses. En Mesopotamia, Canaán y Egipto habían muchos dioses. Asera, Baal, Anat, Moloc e Isis son algunos nombres de los más importantes. Mis parientes adoraron a algunos de esos dioses, o a varios simultáneamente. La gente era politeísta. No ha faltado alguien que mencione que yo aún antes de conocer al Dios de la Biblia, a Yahvé o Jehová, adoraba a algunos de esos dioses. Pero lo que quiero dejar en claro es que al revelarse Yahvé a mí, me empecé a distinguir entre toda la gente como casi la única persona que era monoteísta, adorador de un solo Dios. Y desde entonces esa característica ha perdurado entre la mayoría de mis descendientes hasta hoy. Debo aclararles que Yahvé no se me reveló a mí por ser mejor que todos mis contemporáneos. Esta acción la efectuó de pura gracia.

Locutor: ¿Yahvé es el nombre de su Dios?

Abraham: Sí. Aunque ese nombre se reveló con mayor claridad siglos más tarde a Moisés.

Locutor: ¿Vio usted alguna vez a Yahvé? ¿Cómo es él?

Abraham: No puedo decir que lo vi o que lo conozco cara a cara. Eso es imposible para los seres humanos porque en primer lugar Yahvé no es un Dios que tenga el cuerpo de una persona humana. En base a mis tratos con él puedo decirle que él es espíritu, es eterno y omnipotente, santo, lleno de amor, justo, bondadoso y lleno de gracia. Recuerdo muy bien que una vez, él me

permitió ver algo que él mismo hizo. Una ocasión me pidió traerle unos animales para establecer un acuerdo o pacto solemne entre él y yo. Los animales servirían para seguir con una vieja costumbre en la que por lo menos dos personas se prometían algo mutuamente. Una noche oscura Dios permitió que yo viera un horno humeante y una antorcha de fuego que pasaba entre los animales que yo previamente había partido por la mitad, pero esto no quiere decir que Dios me dejó verle a él como persona. Repito, eso es imposible. (Génesis 15)

Locutor: Está bien. Ahora hablemos de lo que usted hizo después de que Dios le instruyó salir de Harán. ¿Qué dirección tomó? ¿Quién le acompañó?

Abraham: Tuve que salir de Harán con todas mis posesiones incluyendo a mi esposa y mi sobrino Lot. También viajaron los que quisieron seguir trabajando conmigo. La dirección que tomé fue hacia el Suroeste. En esa dirección se encontraba la tierra de Canaán. Nos tomó mucho tiempo llegar a Siquem, una ciudad de Canaán. Recuerde que yo avanzaba poco cada día a causa del cuidado que tenía que dar a todos mis animales.

Locutor: ¿Y qué hizo ahí? ¿Cuánto tiempo permaneció en Siquem?

Abraham: Estando en Siquem, un día Dios me volvió a revelar una cosa. Esta vez me dijo que la tierra de Canaán, donde desde luego vivían los cananeos, era la tierra que recibiría en heredad mi descendencia. Una de mis reacciones ante esta revelación fue construir un altar y adorarle en gratitud y alabanza. Acto seguido me marché de Siquem para continuar viajando en dirección al Neguev, la parte sureña de Palestina. Ahí la tierra estaba más despoblada y me permitió establecerme más tiempo. Todo iba bien hasta que un día tuve que volver a empacar mis cosas debido a una gran hambre que se desató en toda aquella región. Esta vez me dirigí a la famosa tierra de Egipto, que para entonces ya disfrutaba de una cultura sobresaliente.

Locutor: ¿Cuánto tiempo estuvo en Egipto? ¿Lo recibieron bien?

Abraham: No estuve mucho tiempo. Debido a una estrategia que usé con mi esposa Sarai tengo que admitir que no me fue del todo bien. El rey de Egipto, o como lo llamaron los egipcios, el faraón, aunque me trató bien me solicitó que saliera de Egipto a causa de grandes plagas que se presentaron en perjuicio de los egipcios. Yo pasé serias dificultades para alimentar a mis muchos animales, que para entonces representaban una considerable riqueza para mí (12.11-20). Pero Dios era mi gran protector, y no tuve ninguna pérdida durante ese tiempo difícil y de hambruna.

Locutor: Supongo que regresó a Canaán porque esa era la ruta que todo viajero tomaba.

Abraham: Exacto. Regresé con todo lo mío al sur de Canaán, un poco al norte de Neguev para ser exacto, lugar en donde ya había estado. No pasó mucho tiempo cuando mi sobrino Lot y yo acordamos separarnos uno del otro a causa de la dificultad de mantenernos viviendo en armonía en la misma región con nuestras respectivas posesiones, las cuales para entonces eran verdaderamente significativas.

Locutor: Pero ahora cuente más de su relación con Dios. ¿Cómo se mantuvo esa relación?

Abraham: Quizás lo más significativo de nuestra relación fue la repetida revelación que Dios me hizo de que Sarai y yo tendríamos un hijo. Pero yo buscaba señales más concretas de las repetidas promesas de Dios en este sentido. A la luz de la realidad me daba cuenta que esto tomaba tintes irracionales. Hay que recordar que Sarai y yo empezábamos a entrar en el ocaso de nuestras vidas. Yo tenía 99 años. Y pensaba que Eliécer, un servidor fiel, era quien se perfilaba a ser el heredero de todos mis bienes. Y me atreví a decírselo a Dios. Como respuesta, Dios me aseguró que Eliécer, no obstante que apuntaba a ser mi heredero, no lo sería. Mi heredero, me dijo, sería mi propio hijo legítimo. Después de su promesa me hizo mirar el cielo y me desafió a contar las estrellas en una noche despejada. Ante mi obvia imposibilidad de contar todas las estrellas, me aseguró que así sería mi descendencia. Pero me habló con tanta seguridad que no dejó una ligera duda en mí. Le tomé su Palabra de nuevo tal y como me la reveló. Otra vez él me había convencido con su sola Palabra. Entonces cambió nuestros nombres. A mí me llamó Abraham y a mi esposa Sara. Y me ordenó que todos los varones de mi descendencia fueran circuncidados como señal del pacto.

Locutor: ¿Y usted creyó todo lo que Dios le prometió? ¿No le dio Dios una señal más firme?

Abraham: Sí, la parte a la cual él se comprometió en nuestro acuerdo o pacto fue dar protección y bendición a mi descendencia en la tierra de Canaán en los siglos venideros.

Locutor: ¿Y a usted no le pareció injusto eso?

Abraham: No, en absoluto. Para el hombre a quien Dios le ha dado fe, todo lo que proviene de Dios es siempre lo mejor, lo óptimo, aun cuando no haga mucho sentido. Su Palabra es más dulce que la miel. Someterse a sus designios es siempre más sabio que seguir los designios humanos.

Locutor: Abraham, tengo que admitir que todo lo que me habían hablado de usted ha sido verdad. Ahora caigo en mayor cuenta del porqué a usted constantemente le llaman, no sólo un patriarca o fundador del pueblo escogido de Dios, sino el padre de la fe de todos los seres humanos. Ahora comprendo que su fe iba más allá de aquello que no se veía en el horizonte, y que apuntaba a algo totalmente seguro aunque remoto en el tiempo... Bien. Antes de pasar a entrevistar a Isaac, Jacob y José, ¿tiene usted algo que contarnos que sea verdaderamente sobresaliente dentro de su vida?

Abraham: Sí, el incidente del nacimiento y sacrificio de mi hijo legítimo Isaac. Finalmente, ante la incredulidad humana, mi esposa Sara, quien ya había dejado atrás sus años de fortaleza femenina pues estaba cerca de los 100 años de edad, quedó embarazada tal y como Dios lo había anticipado. Esto nos hizo muy felices. Cuando nació el niño le pusimos por nombre Isaac. Él era la felicidad de mi vida, a pesar de que yo ya había llegado a ser padre cuando Agar tuvo a Ismael mi hijo. Isaac era para mí la parte de lo que Dios se había comprometido una y otra vez en darme, o sea, una gran descendencia. Así, yo amaba a Isaac inmensamente. Sin embargo, Dios, a fin de que quedara todo claro que yo amaba más a Yahvé que a Isaac, me pidió un día algo verdaderamente inusitado. Deseaba probar mi fe y mi obediencia a él sobre todas las cosas. Para ello me pidió que sacrificara a Isaac. ¿Se imaginan esto? Yo llegué a pensar que Isaac sería la parte del pacto de Dios por la cual él me daría una gran descendencia. ¿Y ahora mis esperanzas

terminarían con su sacrificio? Sin embargo, debo admitir que Dios ya también me había dado pruebas anteriormente de que él era capaz de hacer hasta lo imposible para hacer realidad sus promesas. No tuve duda de que él me daría una descendencia. Así, a pesar de que amaba mucho a mi hijo, amaba mucho más a mi Dios. Como resultado, me propuse ser obediente a la orden de Dios para sacrificar a mi hijo Isaac. Hice todos los preparativos sin decirle a nadie mi plan de sacrificar a Isaac. Finalmente llegó el momento de sacrificarlo. Lo até firmemente, y ante la ingenuidad de Isaac, lo coloqué sobre el altar que momentos antes había preparado. Me dispuse a sacrificarlo teniendo en mente mi amor fervoroso y mi confianza en mi Dios. Cuando tomé el puñal e inicié el movimiento final de la puñalada mortal a Isaac, Dios mandó a su ángel, quien me distrajo en el último momento y me ordenó que no sacrificara a Isaac. Me hizo saber que Dios había visto en mi acción que en verdad mi confianza en él era legítima. Entonces vi a un carnero atorado por sus cuernos y procedí a tomarlo para sacrificarlo a Dios en lugar de mi hijo. Así pasé la prueba de la obediencia y amor por Dios (Génesis 22). Como resultado de esto, Dios continuó bendiciéndome durante el resto de mis días. Me quedé viviendo en distintos lugares de Canaán. Ahí murió Sara. Con el paso de los años tuve más hijos con Cetura (Génesis 25). Una de las últimas bendiciones que Dios me concedió fue ver a mi hijo Isaac casado con Rebeca, una muchacha de mis parientes que se quedaron en Mesopotamia (Génesis 24). Lleno de días y bendiciones, Dios me llamó a su presencia a los 175 años de edad (Génesis 25.7).

Locutor: Una última pregunta para usted Abraham. ¿Fue usted un hombre perfecto?

Abraham: Nada más lejos de la realidad que eso. Yo sé que no han faltado quienes han llegado a creer que yo fui un hombre perfecto en base a lo que también afirma el Nuevo Testamento sobre mí. Debo aclarar que mis actos humanos no estuvieron exentos de pecado. Sin duda, cometí injusticias en mi trato con mis semejantes. Sin embargo, lo que la Biblia dice es que mi fe fue lo que me fue contado por justicia. Noten ustedes mi fe, no mis actos. La fe, como dice San Pablo, es lo que hace a todos, a quienes Dios se las da, justos delante de él.